Natuk y Oso Blanco eran inseparables.
Hasta que un día, algo terrible sucedió.

Esta es la historia de su amistad.

ABRAZO DE OSO

Susanna Isern
Betania Zacarias

ABRAZO DE OSO
Susanna Isern Betania Zacarias

ISBN: 978-84-19607-17-1 www.nubeocho.com
9 788419 607171
nubeOCHO

Abrazo de Oso
Colección Somos8

© Texto: Susanna Isern, 2016
© Ilustraciones: Betania Zacarias, 2016
© Edición: NubeOcho, 2023
www.nubeocho.com - info@nubeocho.com

Corrección: Daniela Morra

Segunda edición: Enero, 2023
Primera edición: Mayo, 2017
ISBN: 978-84-19607-17-1
Depósito Legal: M-29374-2022

Impreso en Portugal.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción.

ABRAZO DE OSO

Susanna Isern
Betania Zacarias

nubeOCHO

Natuk vivía en el norte. Allí donde las visitas del sol eran fugaces y las noches de luna y estrellas parecían eternas.

Una tarde, mientras paseaba por los mares de hielo, se encontró, hecho una bolita, un pequeño oso blanco.

El osito estaba solo, no había nadie a su alrededor. Era tan pequeño que apenas podía abrir los ojos. Sin dudarlo, Natuk lo tomó entre sus brazos.

—Te ayudaré a encontrar a tu mamá —le susurró.

Pero por más que buscó, no consiguió dar con ella.

—Vamos a casa. Allí entrarás en calor —dijo al ver que temblaba y se acurrucaba contra su pecho.

Aquella noche, Natuk durmió junto al pequeño oso que no podía dejar de tiritar.

A la mañana siguiente estaba más tranquilo y muy hambriento. La niña le dio pescado desmenuzado y agua dulce. Él se lo agradeció con un lengüetazo en las mejillas y con un abracito de oso.

A partir de entonces, todos los días durmieron juntos.

Con el paso del tiempo, Oso Blanco creció y se convirtió en un animal grande y fuerte. Natuk y él se habían vuelto inseparables.

Juntos recorrían las llanuras gélidas, descendían por los glaciares como si fuesen un tobogán y se divertían haciendo rabiar a los pingüinos y a las focas cuando dormían tranquilamente la siesta bajo el lejano sol.

Una noche, mientras los esquimales dormían, fue saqueada la reserva de peces que, con tanto esfuerzo, almacenaban para las épocas de mal tiempo.

Cuando se despertaron y vieron lo sucedido, todos se alarmaron. El más anciano mostró sus sospechas de inmediato.

—Estoy seguro de que el responsable de esta catástrofe es el oso. Ha crecido mucho y ahora su apetito es voraz. Será mejor que abandone el poblado antes de que ocurra algo peor. Éste no es su sitio.

—¡Oso no ha sido! ¡Ha pasado toda la noche conmigo!

Pero nadie escuchó a Natuk. Oso debía marcharse.